

MÍSTICA SANJUANISTA Y MÍSTICA DE LA MATERIA EN *AL DIOS DEL LUGAR* DE JOSÉ ÁNGEL VALENTE

Elisabeth Kruse
Universidad de Múnich (LMU), Alemania

1. La poesía “diacrónica” de José Ángel Valente

La obra de José Valente, conocido en primera instancia como miembro de la llamada Generación de los años 50, se nos presenta como “poesía diacrónica”, con una clara demarcación de una evolución, que se deja ordenar en muy diversas etapas. Estas no son, sin embargo, completamente independientes entre sí, ya que cada una sienta las bases para la siguiente, avanzando en el camino de indagación poético-filosófica que el poeta se propone. Pertinente se nos antoja la división de sus etapas poéticas realizada por Sánchez/Diego (1990: 286), que resumimos a continuación:

A. La etapa generacional: conformada por libros que comparten preocupaciones históricas y sociológicas con sus compañeros de generación

A modo de esperanza (1955), *Poemas a Lázaro* (1960)

B. La etapa corrosiva: etapa en la que el poeta agudiza su distanciamiento de lo establecido, de los códigos comunes, y comienza su camino original, rechazando e intentando destruir los códigos impuestos, los sistemas individuales y colectivos que él considera esclerosados, en favor de una voz poética propia y original

La memoria y los signos (1966), *Siete representaciones* (1967), *Breves son* (1968), entre otros.

C. La etapa fragmentaria: etapa de resultado de una honda indagación, de un descenso a los infiernos de lo mundano, donde inicia un viaje hacia el “punto cero” (estado de independencia y no identidad del lenguaje)

Treinta y siete fragmentos (1971), *Interior con figuras* (1976)

D. La etapa tensional: el poeta se decide por la palabra antitética, extrema y tensa como portadora de conocimiento vital. Gran influencia de la cábala y del lenguaje místico, modelos que utiliza para metaforizar la inefabilidad

Material memoria (1979), *Tres lecciones de tinieblas* (1980), *El fulgor* (1984), *Al dios del lugar* (1989)

2. El lenguaje místico en *Al dios del lugar* (1989)

En el presente trabajo hemos de abordar el penúltimo libro de Valente, *Al dios del lugar* (1989), poemario de gran hermetismo, que pertenece a la etapa tensional y que asume y extrema los rasgos de la etapa anterior (el lenguaje místico, la influencia de la cábala, la palabra antitética como vehículo epistemológico). Esta tendencia hacia el lenguaje de la mística, aunque desde una óptica netamente heterodoxa, ha sido quizá el punto de convergencia más interesante en la amistad del poeta gallego con

el cubano Lezama Lima y con su compatriota María Zambrano, registrado en su revelador epistolario, recogido en *Maestro Cantor* (2012).

En numerosos poemas de *Al dios del lugar*, aparece un interlocutor misterioso que no acabamos de identificar, dado que el poeta intencionalmente intenta desligar su poesía de los códigos de comunicación comprensibles.

Se encuentran a primera vista en el poemario numerosas alusiones a la mística y ciertas referencias a la Eucaristía y a la Pasión de Jesucristo, y se presenta a Dios como al Ser incognoscible, como a un “dios incógnito”.

Comencemos por las alusiones evangélicas para luego adentrarnos en la asimilación de la tradición mística.

EL VINO tenía el vago color de la ceniza.

Se bebía con un pozo de sombra
oscura, sombra, cuerpo
mojado en las arenas.

Llegaste aquí,
Viniste hasta esta noche.

El insidioso fondo de la copa
esconde a un dios incógnito.

Me diste

a beber sangre
en esta noche.

Fondo
del dios bebido hasta las heces.

(Valente 2014: 463)

Estos versos son apenas ecos del Valente de una etapa temprana, confrontado al Dios tradicional. No obstante, el poeta de *Al dios del lugar* atravesó un profundo proceso de dismantelamiento de sistemas establecidos, entre ellos el religioso, y en este poemario lo encontramos sumergido por completo en la filosofía de la “materia infinita”. Así, por ejemplo, el concepto de eternidad aparece también, pero en relación con la eternidad de la materia y no del espíritu. López Castro define acertadamente la relación entre la escritura y la eternidad en la obra de Valente: “Escribir es aproximarse al nombre, alejarse del tiempo para volverse eternidad” (López Castro 1992: 8).

Pareciera entonces una paradoja afirmar que este poeta de la “materia infinita” es sin embargo el autor al que dedicamos este trabajo sobre la mística en la literatura moderna. La clave reside en comprender cuál es la función de la presencia de la tradición mística en su poesía, a lo cual nos abocaremos a continuación.

Numerosos estudios de Alois Haas (1989), Victoria Cirlot (2005, 2010) y Amador Vega (2005), entre otros, han demostrado el provecho que ofrece la confrontación de poetas y artistas contemporáneos con las distintas tradiciones místicas, permitiendo una comprensión más profunda y compleja de sus obras.

Tras el trazado de campos semánticos, constatamos que su poemario abunda en imágenes correspondientes a diferentes procesos e imágenes de la vía mística, especialmente de la noche oscura, de la vía purgativa y de la iluminativa, como la aniquilación, el ascenso, la purificación, el anonadamiento. (Véanse tablas)

Campo semántico A <i>Noche</i>	Campo semántico B <i>Luz</i>	
Noche x 17	Luz x10	Cielo
Oscura x14	Mañana x5	Relámpago
Sombra x8	Sol x3	Ardió
Ciego x7	Encendida x3	Incandescentes
Descenso	Día x2	Oro/áureo
Tiniebla/ Niebla	Amanecer x2	Claridad
Madrugada	Incendiada x2	FebriI
Muerte	Luminosas x2	Resurrecto
Apagadas	Resplandeciente	Inextinguible
Hueco	Rayo	Alba
Sombrío	Incendiados	Resurrección

Tabla 1

Campo semántico C <i>Annihilatio</i>			Campo semántico D <i>Ascenso</i>
Tendido x2	Ruinas	Decapitación	Arriba
Fuego devorador	Demolición	Corrupción	Sol
Postrados	Quemadas	Residuos	Coronar/ Corona
Disuelve la piedra en polvo	Arrastra	Muerte	Subir escalas infinitas del aire
Derribada	Declinación	Morir	Nube
Desmorona	Derrumbada	Borrar	Escalones
Volcado	Destrucción		Cielo

Tabla 2

Campo semántico E <i>Misterio</i>	Campo semántico F <i>Nada</i>
Esconde	Ceniza x6
Incógnito	Nadie x4
Indecible	Nada x2
Enigma	Vacío
Indescifrable	Arrasada

Tabla 3

La obra entera se articula, en primer lugar, entre el oxímoron “luz y sombra”, imágenes que son aparentemente contradictorias y llevan a la palabra a una gran tensión, intentando por este camino tensional expresar lo inefable, fin de la poesía mística. Diáfananamente lo expresa Alois Haas, afirmando que la experiencia mística ha utilizado en su historia con el lenguaje, *modi loquendi* muy específicos, particularmente la paradoja, el oxímoron, la negación, entre otros (Haas 1989: 28).

Como ejemplos podemos mencionar los siguientes versos de *Al dios del lugar*: “en la declinación oscura de la luz”, “incendiada noche”, “noche del primer sol”, “cuerpo sombrío de la luz”, “tantas sombras luminosas”, “rigor oscuro de la luz”, entre otros.

Por otra parte, como hemos visto en el esquema, la obra está plagada de alusiones a la *annihilatio* o anonadamiento, a la búsqueda del autovaciamiento, elemento esencial de la vía mística, para simbolizar la necesidad de despojarse de todo lo que ocupa el alma y dar así espacio a la acción transformante y unitiva de Dios.

Sin embargo, las alusiones religiosas al cristianismo, así como las de la mística a las que recurre frecuentemente, no pueden ser interpretadas en ningún caso en su significado primario. Ni siquiera el “dios del lugar” al que se dirige el poemario alude a un ser sobrenatural, sino que como acertadamente afirma Machín Lucas “el dios es la inmanencia personal total y lo originario común. Por eso es minúsculo, es un dios individual, egocéntrico. La referencia a un lugar remite a lo único de cada experiencia íntima en la búsqueda de esa deidad laica de cada uno” (2010: 240-241).

Cabe ahora preguntarse por qué retoma Valente entonces estos conceptos y estas imágenes de la mística. Este “préstamo” se debe a que el poeta reconocerá en la mística un mecanismo muy similar al de la poesía, por eso transcodificará ciertas imágenes acuñadas a través de esta, para vehicular su concepción de la poesía y del acto creador.

3. Identificación entre mística y poesía

Esta identificación entre la mística y la poesía se basa en la clásica equiparación entre el poeta y el sacerdote, como verdaderos médiums –aunque desligados de su sentido sobrenatural– para convertir al poeta en un “místico de la palabra”, en el médium que posibilita la encarnación de lo “indecible” en la poesía. Como místico de la palabra, asume imágenes de ascenso hacia el infinito, de eternidad, de resurrección, pero todas estas referidas a la materia infinita y no al alma ni al Dios de los místicos. Veamos un ejemplo:

LOS sacerdotes
compusieron la víctima
como incruento se compone el cuerpo
nocturno del poema.

De dos en dos subieron las escalas
infinitas del aire
para ya nunca más volver.

Lento el primer latido
o párpado del día resurrecto
empezó a oírse.

(Valente 2014: 473)

En cuanto a la expresión de la poesía y de la mística, Valente define la experiencia mística como lo carente de forma, lo indeterminado e inarticulado. No obstante, el poeta es consciente de que lo informe busca una forma, de que lo indecible quiere ser dicho, pero se torna inefable porque es imposible lograrlo. Sin embargo, la coincidencia entre la mística y la poesía radica en que ambas necesitan de la palabra para expresar sus experiencias, pero se chocan con la incapacidad del lenguaje, con la “cortedad del decir” (Valente 2008: 81). En otras palabras, afirma lo mismo Haas, cuando

sostiene que todas las formas de expresión tienen una cierta debilidad para expresar la inefabilidad de lo experimentado (1989: 28) e igualmente lo expresa san Juan de la Cruz en su *Llama de amor viva*, donde lamenta la falta de lenguaje para narrar experiencias interiores y espirituales. Valente además postula la sobrecarga semántica de la poesía, debido a que esta evoca una cadena de conmemoraciones que convergen hacia el origen. Esa sobrecarga que Michel Foucault llama “un excès du signifié sur le signifiant, un reste nécessaire non formulé de la pensée que le langage a laissé dans l’ombre” (1963: 12).

Paradójicamente, más allá de los límites de la palabra, para el poeta gallego, el poema, en su máxima tensión, es portador tanto de la experiencia mística como de la poética. La función de la palabra poética no consiste en significar, sino en manifestar, por eso a Valente no le interesa la utilidad comunicativa del lenguaje, ni su uso racional, sino decir lo indecible a través de ella.

En consecuencia, surge en su poemario tan frecuentemente la clásica imagen mística del aniquilamiento, pero no de los apetitos que separan de Dios, como en san Juan de la Cruz, sino del lenguaje del poema, para de este modo posibilitar la expresión de lo inexpresable. De este modo, el poeta y el místico nos otorgan acceso al conocimiento, ya que durante la creación poética tiene lugar un acto de conocimiento, y la palabra poética se convierte en una herramienta epistemológica única que nos abre a saberes superiores que, de otro modo, resultan inaccesibles.

En este sentido, en su ensayo *La piedra y el centro*, afirma diáfano Valente sobre la concepción de la poesía que esta y la mística tienen lugar en territorios extremos; su expresión es resto o señal de estados privilegiados de la conciencia en los que esta accede a una luz sobrenatural (2008: 306).

En el mismo sentido, destaca Gorga López:

La experiencia mística ha sido definida como un salto en el vacío, un salto hacia una dimensión donde las coordenadas espacio-temporales se ven alteradas y donde ni siquiera la identidad del buscador permanece a salvo. En este sentido, el camino místico no difiere tanto del poético, ya que, como apunta [Clara Janés], “andar en las tinieblas es lo propio del poeta [...]”. Este mundo de lo desconocido es el que la poesía tiene como objeto y el único que puede llevar a otra valoración de lo real”. (2008: 88)

En *Al dios del lugar* aparecen otros signos claros de la milenaria teología mística que confluyen en la obra del carmelita. Ya hemos mencionado la paradoja de la noche que ilumina y ahora veremos ejemplos concretos donde aparece el concepto de la *annihilatio* o anonadamiento, medio para alcanzar el vaciamiento total para dar espacio a la presencia sobrenatural. Valente resemantiza el concepto y utiliza esta imagen, pero en relación con la necesidad de la palabra de despojarse de lo superfluo, de su función comunicativa estandarizada, resultando una suerte de disolución del lenguaje en el momento en el que surge la luz de la aparición de lo inefable. Así es como la palabra poética hace existir lo indecible en cuanto a tal.

BORRARSE.

Solo en la ausencia de todo signo
se posa el dios.

(Valente 2014: 464)

Singbarer Rest
Paul Celan

QUEDAR

en lo que queda
después del fuego,
residuo, sola
raíz de lo cantable.

(Fénix)

(Valente 2014: 465)

Solo tras el despojamiento de la palabra, de la aniquilación, nace el poema. El dios al que se dirige en el poema es para Carmen Martín Gaité “al que le está pidiendo que lo ayude a hacer aún más el vacío en él, a despojarlo de adornos inútiles” (Rodríguez Fer 1992: 231).

U otras imágenes de destrucción, de donde nacerá la palabra poética:

LUGAR de destrucción.

El humus de la muerte
ha sido recubierto
por otra primavera.

Has vuelto aún.
Las lluvias
Sumergieron oscuras
la boca de la noche.

Cielo rasante.
Pájaros.
Ceniza.
Ciega,
rota imagen borrada, indescifrable, extinta.

(Valente 2014: 467-468)

Otro ejemplo:

La oscura violencia
del sol
rompiendo en las almenas
incendiadas del aire.
Pájaros.

(Valente 2014: 469)

En cuanto a los recursos estilísticos más frecuentes para representar este concepto de necesidad de disolución del lenguaje encontramos el espacio blanco y el oxímoron:

EL SOL inextinguible en el descenso
A la noche de todo lo creado.

(Valente 2014: 464)

También el juego pronominal reflexivo que implica desdoblamiento hasta la disolución y el encadenamiento:

ESTAR.
No hacer.
En el espacio entero del estar
estar, estarse, irse
sin ir
a nada.

A nadie.
A nada
(Valente 2014: 475)

O el siguiente:

LA LENTITUD de la destrucción,
[...] los residuos de ti. [...]
Resuenan victoriosos los tímbrales
sobre las sumergidas formas rotas,
el viento y sus cenizas.
Desaparición.

(Valente 2014: 478)

4. La mística de la palabra y su valor teleológico

Valente encuentra y destaca un valor teleológico de la escritura (Cañas 1984: 143), y va desintegrando en su poesía el universo de lo concreto para partir hacia el universo de las ideas. Aplica una mirada, una actitud y una visión contemplativas e interrogantes sobre la forma de los objetos, que para él es iluminadora, la cual lo llevará a un conocimiento más profundo de sí mismo y de la realidad.

En el poemario *Al dios del lugar*, el espíritu es, paradójicamente, metáfora de la eternidad de la materia, la metáfora de la materia infinita, única fuente de conocimiento:

FORMÓ
de tierra y de saliva un hueco, el único
que pudo al cabo contener la luz.

(Valente 2014: 463)

Se vislumbra en estos versos la resemantización de una alusión evangélica hacia la mística de la materia: se trata del relato de la curación del ciego de nacimiento (Jn 9), en el que Jesús mezcla tierra y saliva para dar luz a los ojos del ciego. En el poema, Valente descarta el contenido trascendente del milagro, y utiliza la imagen para referirse a la palabra, cuya alquimia poética trae la luz del conocimiento al hombre.

El poeta intenta en su poemario una “mística de la palabra” (Sánchez/Diego 1990: 282), concediéndole a esta un poder absoluto. Posee pretensiones de alcanzar para la poesía una “absoluta libertad”, es decir, de liberar el lenguaje y llevarlo al llamado “punto cero” (Mas 1986: 54), a este estado de no identidad que procede de la total libertad. Valente se sitúa justamente en la matriz del cero, en una realidad metafísica en la que el lenguaje está en una disponibilidad absoluta (Lacalle Ciordia 2000: 174), tras sufrir una aniquilación, un vaciamiento, una “nadificación”, en palabras de María Zambrano.

EL SOLO ENCUENTRO en el que nunca
nada podría al fin haber pasado.

La posibilidad de todo.

Y esa oscura carencia
de hechos y de días
borraba, más real,
la ficticia hilazón
de tu biografía.

(Memorias)

(Valente 2014: 479)

5. La inefabilidad de la experiencia poética

En conclusión, en *Al dios del lugar*, los tópicos de la mística se vuelven metáfora de la poesía, pierden su carga semántica espiritual original y se transforman en imágenes de fuerte expresividad para transmitir la lucha del poeta por superar la inefabilidad y la ineficacia de la palabra.

Concluiremos con una cita del poeta en su célebre “La hermenéutica y la cortedad del decir”, que forma parte de su ensayo *Las palabras de la tribu*, acerca de la inefabilidad y la creación poética que resumen la parte esencial de lo hasta ahora presentado:

¿Cómo dar forma a lo que no la tiene?” [...] Y, sin embargo, la experiencia de lo que no tiene forma busca el decir, se aloja de algún modo en un lenguaje cuya eficacia acaso esté en la tensión máxima a que lo obliga su propia cortedad. En el punto de máxima tensión, con el lenguaje en vecindad del estallido, se produce la gran poesía, donde lo indecible como tal queda infinitamente dicho. Y es la infinitud de ese decir de lo indecible la que solicita perpetuamente para la palabra poética un lenguaje segundo. El místico necesita acceder a su propia experiencia y lo hace por vía poética, con lo que la palabra se hace conocimiento de lo que consiste en un no conocer, en un no saber, en un más allá de todo conocimiento. (Valente 2008: 87)

El poeta sostiene a lo largo de su obra la esperanza en el triunfo paradójico de la palabra poética en su búsqueda incesante de transmitir lo inexpresable ya que, a pesar de la innegable inefabilidad, insiste en que “la realidad está sumergida en el lenguaje mismo, constituye su *Ungrund*, su fondo soterrado, al que nos remite incesantemente la palabra poética” (Valente/Lara Garrido 1995:22). La palabra poética es, para los místicos, la única –aunque imperfecta– herramienta expresiva de la trascendencia y, para el poeta gallego, única herramienta, no solo expresiva, sino esencialmente cognoscitiva de la realidad y del hombre en su inmanencia.

Bibliografía

- CAÑAS, Dionisio (1984): *Poesía y percepción*. Madrid: Hiperión.
- CIRLOT, Victoria (2010): *La visión abierta. Del mito del Grial al surrealismo*. Madrid: Siruela.
- CIRLOT, Victoria/VEGA, Amador (eds.) (2005): *Mística y creación en el siglo XX*. Barcelona: Herder.
- FOUCAULT, Michel (1990): *Naissance de la clinique*. Paris: Presses Universitaires de France, [1963].
- GORGA LÓPEZ, Gemma (2008): “Ecos sanjuanistas en la poesía última de Clara Janés”, en *DICENDA Cuadernos de Filología Hispánica* 26, pp. 83-100.
- HAAS, Alois (1989): *Sermo mysticus. Studien zu Theologie und Sprache der deutschen Mystik*. Freiburg: Univ. Verlag.
- LACALLE CIORDIA, María Ángeles (2000): “José Ángel Valente: Viaje a la imposibilidad”, en *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna* 18, pp. 173-193.
- LÓPEZ CASTRO, Armando (1992): *Lectura de José Ángel Valente*. León: Universidad de León.
- MACHÍN LUCAS, Jorge (2010): *José Ángel Valente y la intertextualidad mística posmoderna*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela.

MAS, Miguel (1986): *La escritura material de José Ángel Valente*. Madrid: Hiperión.

RODRÍGUEZ FER, Claudio (ed.) (1992): *José Ángel Valente*. Madrid: Santillana.

SÁNCHEZ SANTIAGO, Tomás/DIEGO, José Manuel (1990): *Dos poetas de la generación de los 50: Carlos Barral y José Á. Valente*. Granada: Ediciones A. Ubago.

VALENTE, José Ángel (2008): *Obras completas II. Ensayos*. Barcelona: Círculo de Lectores/Galaxia Gutenberg.

— (2014): *Poesía completa*. Barcelona: Círculo de Lectores/ Galaxia Gutenberg.

VALENTE, José Ángel/LARA GARRIDO, José (eds.) (1995): *Hermenéutica y mística: San Juan de la Cruz*. Madrid: Tecnos.

VALENTE, José Ángel/LEZAMA LIMA, José (2012): *Maestro Cantor. Correspondencias y otros textos*. Sevilla: Espuela de Plata.